

ESTUDIOS

Insuficiencias e inadaptaciones en el campo de la Pedagogía terapéutica

ISABEL DIAZ ARNAL

Abordamos en un capítulo anterior el concepto y cualidades que distinguían en un sentido amplio a la pedagogía curativa o terapéutica, y adelantábamos en él la posibilidad de aumentar los matices distintivos de esta especialidad educativa, al perfilar más netamente su contenido o hacer. Vamos, pues, en el presente artículo a discriminar las direcciones por las que discurre la actividad pedagógica especializada, detallando en cada una de ellas la actitud y procedimientos que requieren los diferentes sujetos integrados en las mismas.

DOBLE VERTIENTE
EN LA PEDAGOGIA CURATIVA

El campo de acción de la pedagogía terapéutica general abarca una doble vertiente, dentro de la cual se hallan incluidos todos los casos posibles de variación y modalidad que puedan surgir como desviación o apartamiento del sujeto normal. Esta doble vertiente comprende, por un lado, a los sujetos deficientes retrasados, insuficientes o subnormales; por otro, a los inadaptados o difíciles caracteriales o niños-problema.

La terminología cambiante y renovada, según las épocas en que se emplea, ha abandonado progresivamente el uso de términos que estuvieron en boga y que no definían con precisión el contenido que el vocablo simbolizaba. Así, por ejemplo, el calificativo de *anormal*, propio del primer cuarto de siglo, era la denominación dada a todos los sujetos insertos en la doble vertiente mencionada anteriormente: *anormal* era el que manifestaba un retraso mental, como lo era también el intelectualmente normal que presentaba trastornos de carácter, e incluso se denominaba *anormal* al que tenía una inteligencia

privilegiada sin ningún otro de los rasgos anteriores.

Esta generalización conceptual daba lugar a equívocos, puesto que dejaba sin perfilar las notas esencialmente dispares, propias de los sujetos calificados de la misma manera. Por este motivo, a la denominación de *anormal*, inespecífica en su expresión, ha seguido la de *inadaptado*, que es más concreta en cuanto a los límites de su contenido. Un empleo profuso de este término ha predominado, sobre todo, en los últimos veinte años, si bien se añadía siempre una matización de este calificativo: *inadaptado sensorial o físico, intelectual y social*, etc.

Y así como la vigencia del término «*anormal*» declinó por su excesiva extensión o generalización, el de «*inadaptado*» se ha recortado en su amplitud de aplicación y, en lugar de ser vigente para denominar a cualquier sujeto que no es normal, ha quedado solamente para designar a los sujetos que presentan trastornos personales, dificultades de comportamiento, de carácter. *Inadaptado* es, hoy, la designación propia de un sujeto que tiene un desajuste, un desequilibrio funcional y no una carencia o insuficiencia de facultades. Es, si se quiere, una diferenciación radical y conveniente que aclara de modo definitivo la especificidad del caso que presenta el sujeto.

En resumen, la pedagogía terapéutica tiene que ver en su doble vertiente, por una parte, con sujetos deficitarios en alguna o varias de sus facultades u órganos corporales o anímicos —sector de insuficiencias—, cualesquiera que éstas sean; y, por otra, con sujetos dotados de plenitud o normalidad somática y psíquica, pero funcionalmente desajustados o perturbados —sector de inadaptaciones—. El primer sector, el de las insuficiencias, marca predominantemente una

faceta de tipo cuantitativo, mientras que el segundo, el de las inadaptaciones, entra de lleno en el cualitativo.

La pedagogía terapéutica o curativa, respecto de los insuficientes, tiene una labor primordial de rehabilitación, de enderezamiento o puesta a punto de facultades o capacidades entorpecidas o retrasadas en su desarrollo, para darles una funcionalidad y aplicación en el mayor grado que sea posible, aptitud que no alcanzarían sin los cuidados educativos especiales. Es la manifestación de la coordinada cuantitativa concretada en el sujeto con que se opera; es a partir de «cuánto» menoscabado para llegar a un «cuánto» mejorado en capacidad y funcionamiento, logrado a través de ejercitación apropiada.

Respecto de los inadaptados o difíciles, la actuación pedagógica curativa tiene un sentido formal de estabilización, de nivelación de las reacciones del sujeto que, sin presentar un desarrollo carencial de sus facultades, el funcionamiento de éstas es disarmónico y provoca conflictos de convivencia. Esta tarea tiene matiz cualitativo, es partir de un «cómo» funcional desequilibrado para aminorar o desterrar la disarmonía, previo el estudio del caso y por medio de un contacto personal con el sujeto, pero sabiendo que se puede echar mano de las facultades normalmente desarrolladas en él para prestarnos colaboración. Es fácil comprender que en los esfuerzos pedagógicos con insuficientes se acentúa más el carácter de ortopedagogía, mientras que con inadaptados está más patente la acción curativa; esto no significa que haya una dicotomía radical en la actuación educativa especial referida a los dos grandes tipos de sujetos; lo que se quiere poner de relieve es que, en el muchacho deficiente, la actividad primera es aumentar o perfeccionar un nivel cuántico de posibilidades, y lógicamente se va verificando armoniosamente en el todo personal del sujeto, para evitar desvíos. En cambio, en el inadaptado se va directamente a la curación de un trastorno de la personalidad que ha perturbado temporalmente el funcionamiento de facultades desarrolladas normalmente, curación que se logra destruyendo el motivo entorpecedor o desencadenante.

Naturalmente, hay ocasiones en las cuales junto a una insuficiencia mental se da inadaptación caracterial; en estos casos la actuación pedagógica actúa simultáneamente en ambos frentes, pero ello no invalida las afirmaciones anteriores sobre la diversidad de actuación.

EL PEDAGOGO TERAPEUTA ANTE LOS NIÑOS INSUFICIENTES, DEFICIENTES O SUBNORMALES

El primer paso para poner en marcha una labor educativa especial es la consideración del cuadro personal que presenta el niño necesitado

de reeducación. Quiero dejar aclarado de una vez para siempre que esta notación triple—insuficiente, deficiente y subnormal—referida al niño deficitario en su mentalidad y personalidad en general, no son sino tres adjetivos que tienen el mismo significado, a pesar de que el origen de su lanzamiento en el vocabulario usual es muy diverso. *Insuficiente* es la palabra adoptada por la Organización Mundial de la Salud para designar al sujeto afectado de inteligencia inferior a la normal; *deficiente* es el adjetivo que se empleó comúnmente en el lenguaje psicológico, contrapuesto en cierto modo al de inadaptado, para indicar la misma significación de inteligencia disminuida; *subnormal* ha sido un término acuñado en el desarrollo de las Jornadas técnicas en favor de estos niños, celebradas en Madrid en 1963, a partir de las cuales todas las asociaciones de familias con hijos retrasados la emplean y la introducen en el ambiente social en general.

Como el insuficiente es un niño de inteligencia corta, es un oligofrénico, según la terminología clásica, nosotros emplearemos esta notación a lo largo del trabajo por ser unívoca y contribuir a la claridad de la exposición.

¿Cuáles son los casos más frecuentes que se presentan al pedagogo especializado dentro del campo de las insuficiencias, o sea, qué clase de niños tendrá que reeducar?

Damos por supuesto que cada niño es un caso particular y exige una referencia directa a sus cualidades y necesidad; pero, aun teniendo muy presente esta consideración ineludible, la variabilidad de presentación de niños oligofrénicos viene a encuadrarse aproximadamente en esta casuística:

Niños oligofrénicos puros, sector numeroso, caracterizado por una inteligencia limitada como rasgo discriminativo fundamental. Esta limitación de inteligencia o retraso mental varía en grados de ligero a profundo; el cuadro personal del niño o muchacho está plenamente definido y absorbido por su escasez intelectual.

Niños oligofrénicos afectados de epilepsia. Reúnen las características de los anteriores, y a ellas se sobreañade el sufrimiento de crisis convulsivas graves de periodicidad variable, con las que hay que contar al actuar pedagógicamente.

Niños oligofrénicos con trastornos psicomotorices. Estos sujetos presentan junto al déficit intelectual dificultades y alteraciones en la capacidad de movimiento, en su coordinación o sincronización, como consecuencia de procesos encefalíticos, meningitis, hemiplejías, etc.; factor éste de la ejecución defectuosa de movimientos que gravita bastante en la tarea reeducativa personal.

Niños oligofrénicos con rasgos de psicopatía. Es decir, retrasados mentales que manifiestan también dificultades de conducta, perturbaciones emocionales que alteran su psiquismo; rasgos psicopáticos de índole diversa—inestabilidad, negativismo, aislamiento, terquedad, etc.—. Es cu-

rioso observar cómo los niños que presentan este cuadro personal no poseen en general un retraso mental profundo, sino más bien de grado ligero o medio.

Niños oligofrénicos con rasgos fisiognómicos mongoloídes. Se asemejan bastante a los oligofrénicos puros, con gradación en el retraso mental que padecen y sólo diferentes de ellos en su aspecto externo. El oligofrénico mongoloíde rara vez presenta alteraciones de carácter, pues su extroversión exuberante les facilita la sintonización afectiva con el medio. Sin embargo, son muy notables las dificultades del lenguaje entre ellos, debido a malformaciones del aparato fonador, sobre todo de la lengua.

Niños oligofrénicos con trastornos nerviosos. Aquí el cuadro de inteligencia deficitaria está acompañado de alteraciones funcionales del sistema nervioso, bien en forma de *tics*, ataques o crisis no epilépticas, trastornos coreícos, que provocan de manera asistemática perturbaciones de carácter y afectividad en los niños que las padecen; se integran también en este apartado los niños con senestralidad o zurdería, con sus problemas de percepción espacial y de resonancia afectiva concomitante.

Toda esta casuística engloba la extensa gama de manifestaciones que el niño insuficiente presenta; unas veces, se acerca de modo neto a un tipo determinado; otras, es más impreciso su cuadro personal al reunir por partes iguales rasgos de dos o más tipos, pero siempre dentro de los trazos marcados en este conjunto de variaciones.

La toma de contacto con la personalidad de cada uno de estos sujetos es la que permite poner en marcha el plan pedagógico-curativo que persigue la integración del insuficiente en la vida social, profesional, recreativa y religiosa en la medida en que lo permitan sus posibilidades.

Ahora bien, esta toma de contacto impulsora de la actividad educativa es diferente según las categorías de los niños inscritos en la casuística; con los oligofrénicos netos que no presentan rasgos significativos, fuera de su deficiencia mental, el contacto y la puesta a punto del plan no tiene dificultad importante; el único factor a tener en cuenta es la consideración del grado de insuficiencia o retraso mental para comenzar, a partir de él, la educación especializada.

No sucede lo mismo con los que son a la vez retrasados mentales y epilépticos. Esta afección modifica notablemente la personalidad en el sentido de hacerla más irritable de carácter y muy apegada a formas de actividad y a actitudes estereotipadas. Además, el hecho físico de las convulsiones tiene una gran repercusión en la capacidad de rendimiento de estos sujetos por el estado de confusión mental y debilitación de la memoria consecutivo a las crisis, así como por la influencia pernicioso del esfuerzo prolongado que exija al epiléptico un desgaste nervioso previo a la presentación de la crisis convulsiva.

Los niños con trastornos diversos en su capacidad de movimiento tienen también un handicap para entrar en contacto con los demás, puesto que la vía intelectual está disminuida y la motriz deteriorada; las ocasiones de relacionarse por medio de juegos o actividades de movimiento son más limitadas que las de los demás, y la primera actuación del pedagogo es dejar expedita o fortalecer la vía motriz que facilita el intercambio.

Con los oligofrénicos que muestran rasgos de carácter dificultoso es necesario dotarles de una estabilización o apaciguamiento progresivo que permita adelantar con provecho en el establecimiento de relaciones de convivencia y asegurarles una permanencia lo más prolongada posible hasta hacerla habitual. Es inútil echar a andar en el proceso educativo sin que el cuadro personal del niño se estabilice simultáneamente, porque los esfuerzos resultarían baldíos.

La toma de contacto con oligofrénicos mongoloídes es bastante más factible que en los anteriores porque son, en general, muy sociables, expresivos y volcados al exterior, siendo fácil establecer relación con ellos y aun entre ellos mismos, lo cual allana notablemente el camino.

Por último, los niños retrasados con trastornos nerviosos son un caso particular del epiléptico, aunque sin la periodicidad sistemática ni la gravedad de repercusión de éste. No obstante, las dificultades de contacto existen, sin que sean insoslayables, por las explosiones bruscas y violentas provocadas por las alteraciones nerviosas, si bien no tienen gran trascendencia por su escasa duración y su carácter de pasajeras.

Es, pues, imprescindible un desbroce de matices personales que se adhieren al hecho fundamental que caracteriza al insuficiente, cual es el de su inteligencia escasa y que, a veces, lo enmascaran y hacen más complicado el tratamiento. Una vez puesto en claro, el itinerario de la tarea pedagógica especial tratará de recuperar, mediante ejercitación de actividades, el mayor número de facultades o destrezas; de habituarlas, con un sentido de permanencia progresivo, a la adecuación de situaciones vivenciales que asegurarán al insuficiente una mayor facilidad de obrar; de afinar al máximo las oportunidades que presente para hacer de él un hombre, una persona para arrancarle del nivel infrahumano en que se mantendría abandonado a su insuficiencia. Los procedimientos específicos para alcanzarlo serán objeto de otro estudio.

LAS INADAPTACIONES PERSONALES Y LA ACTUACION PEDAGOGICO-CURATIVA

Así como la vertiente anterior podría denominarse de las carencias o deficiencias, ésta puede llamarse con propiedad la vertiente de las disarmonías o disfunciones. En efecto, el inadaptado, difícil, niño-problema es un niño o muchacho,

un individuo que, a pesar de poseer inteligencia normal y de no presentar ningún difícil cuántico en su desarrollo, están en conflicto con el ambiente y aun con ellos mismos. El funcionamiento de su personalidad está desajustado, el ejercicio e influencia de su afectividad y voluntad trastornan su conducta o comportamiento y le ponen en situación de fricción en los ambientes escolar, familiar y social. Por esto se les ha denominado también inadaptados sociales, o muchachos anti o asociales, adjetivos que no dicen otra cosa que un choque con las normas habituales de relación social en mayor o menor grado.

En el insuficiente la raíz de toda su afección estaba inserta en su propio organismo; en el inadaptado o difícil se halla repartida entre dos mundos distintos: el interior al individuo, su propio yo, y el exterior o circunstancia que le encuadra. Ambos son el origen del proceso psicológico anómalo que constituye la inadaptación. La disposición interna y el ambiente son la constelación clave de la que arrancan las perturbaciones ligeras o profundas que conducen al niño a choques con su ambiente. Ninguna de estas dos variables deja de actuar a lo largo de la vida del hombre, porque si es cierto que el bagaje hereditario de cada uno constituye algo indeleble y personalísimo, tampoco es falso que ese núcleo disposicional que encierra el individuo se desenvuelve y madura dentro de un marco físico, material, espiritual; es decir, el ambiente en sus variadas facetas y amplitud.

La frase del poeta de que «el hombre es un ómnibus en el que viajan todos sus antepasados», para indicar el poder de la herencia, de lo innato, estaría muy bien compensada con aquella otra en la que se afirma que «el hombre es un espejo que refleja fielmente todo lo que contempla», la cual destaca la modificación que imprime una habituación continuada al ambiente que nos rodea. El niño, más que el adulto, es presa de las influencias externas porque, sobre todo en los primeros momentos de su vida, tiene una dependencia total de los mayores, y solamente cuando alcanza la adolescencia y juventud es capaz de rechazar influjos del exterior y crearse sus vivencias; pero, aun entonces, la influencia ambiental no se desvanece ni pierde influencia; lo que varía es la capacidad de absorción o modificación del individuo para captarla o aprovecharse de ella.

Siempre hay factores dispocionales y ambientales con predominancia de unos o de otros; unas veces, el ambiente es el factor desencadenante, otras la disposición interna es el agente principal. La conjunción de estos diferentes factores negativos conducen a la inadaptación, pero también la conjunción de un medio favorable con una estructura psíquica totalmente disarmónica conduce igualmente con frecuencia a este término. En suma, los factores sociales e individuales, conjugándose, condicionan la aparición

de las perturbaciones del carácter o del comportamiento. Veremos ahora *las diversas formas de presentación de las inadaptaciones*.

INADAPTACIONES POR FACTOR INDIVIDUAL PREDOMINANTE

Niños de educabilidad difícil por crisis de desarrollo.—Las dos épocas críticas más importantes se dan entre los dos-tres años, y en la pubertad, de los doce a trece años aproximadamente. En ambas ocasiones el niño presenta dificultades de integración, que son normales durante un cierto tiempo, pero que suponen una inadaptación cuando estas manifestaciones se prolongan durante periodos largos.

En la crisis del niño pequeño éste tiene que habituarse e incorporarse al mundo exterior, mucho más amplio y distinto que el familiar, único frecuentado por él hasta entonces. En la pubertad son las fuerzas internas del chico las que hacen eclosión y desencadenan la transformación al enfrentarse con el mundo.

Las manifestaciones típicas del niño difícil que se acusan con mayor frecuencia son terquedad, apartamiento o regresión. *La terquedad* se expresa claramente con estallidos de cólera y negativismo marcado; la agresión es el distintivo. *El apartamiento* se da en los niños inaccesibles, que no hablan con franqueza ni espontaneidad, apocados en la manera de actuar y sin presentar problemas aparentes de disciplina; muchas veces, esta docilidad prolongada oculta una rebeldía que se expansiona de modo agresivo en etapas posteriores del desarrollo. *La regresión* es una postura o actitud que encarna una detención del desarrollo del niño al tornar de nuevo, al retroceder a fases anteriores de su evolución que ya estaban superadas.

La base común de estas tres reacciones está en dos elementos clave; *la dificultad de adaptación a la comunidad*, por un lado, y *la inseguridad interna*, por otro. Frente a la comunidad, ante la que se sienten extraños, unos reaccionan rebelándose contra sus semejantes (tercos); otros se subordinan servilmente a la comunidad (retraídos); los terceros buscan el apoyo de las personas que les rodean ante la situación difícil (regresión).

La inseguridad personal se traduce en pusillanidad en el enfrentamiento con situaciones nuevas; como no les comprenden, ni sintonizan con el ambiente, el estado de angustia que les produce la adaptación defectuosa y el sentirse inseguros se enmascara por medio de artificios compensadores: por ambivalencia afectiva —odio-celos— en las reacciones de terquedad; por rotura del contacto con el mundo, en el apartamiento, refuglándose el niño en el dominio de la fantasía; está como ido de la realidad y no se orienta en ella cuando se le hace volver de su

enslismamiento; por último, huyendo al pasado, regresando a etapas que le son familiares porque ya las ha vivido y no le suponen problema.

Está patente en estas crisis un conflicto social entre el «yo» y el «nosotros», meta esta última hacia la que irremisiblemente debe conducir el desarrollo personal. Fritz Künkel, en su *Crisis del carácter* describe magistralmente el meollo de la crisis del desarrollo, al reconocer en el niño, desde el primer momento, la actitud del «nosotros» que se eleva sobre los deseos y las ansias del Yo. No se añade a los instintos puros en el curso del desarrollo, sino al contrario; sólo la vivencia del ser dejado-sólo hace aparecer el Yo, cuyo vencimiento debe ser aprendido después de nuevo. El paso del predominio de una actitud al predominio de otra representa siempre una crisis en el desarrollo. Y este cambio del principio dominante representa para la vivencia cada vez algo como un «muere y desarróllate», un ocaso y un nuevo comienzo.

Incluso cuando en la práctica la transición se realiza lentamente, continuada y casi imperceptiblemente, es en el fondo una revolución, una negación de lo pretérito y una aceptación de algo nuevo que contradice a lo antiguo. La palabra «crisis» recuerda que se trata de un proceso peligroso, de una sacudida interior y del peligro de la pérdida del equilibrio en un punto en el que se ha de arriesgar algo y que depende de que se arriesgue, en el punto en el que el hombre decide por sí mismo lo que es. Toda acción que supera la «crisis» mediante una «síntesis» enriquece la base de reacción con una nueva posibilidad. Toda acción que ante la crisis retrocede a una «catátesis» fundamental produce una resignación, una domesticación, que consiste en una petrificación de la base de reacción y hace imposible un ulterior desarrollo.

Niños con rasgos psicopáticos.—Se ha comprobado que un buen número de psicópatas pueblan la inadaptación social en sus variados aspectos, aunque no pueda hablarse de la incidencia cierta de un tipo psicopático como predispuesto a la inadaptación. No obstante, es fácil encontrarse con niños-problema en cuyo esquema personal hay rasgos de inestabilidad. Si el predominio constitucional es notable, este tipo de inadaptados rebasa ya los límites de la educacional, para entrar de lleno en el de verdaderos enfermos mentales, que no tienen cabida en los centros médico-pedagógicos, sino en los establecimientos sanatoriales.

Niños inadaptados por defectos físicos.—Tienen tendencia más pronunciada a la fantasía y predisposición a los sentimientos de fracaso. Los muchachos en esta situación viven una experiencia dolorosa que puede inducirles a sentimientos de hostilidad y culpabilidad. Conocen bien pronto la diferencia que hay entre ellos y los chicos sanos, y entonces, los más inteligentes se dejan llevar del desaliento; sin embargo, hay que tener en cuenta las compensaciones innumerables que

juegan en el plano del comportamiento humano, la voluntad de obrar, de afirmarse y de triunfar, que, sin duda, constituye la fuerza motriz más imponente. Como afirma Zavalloni, «por catástrofica que pueda parecer a los ojos del observador la situación del deficiente físico, se puede muy bien aceptar, compensar y hasta superar, a condición de que las personas que le rodean coadyuven a esta transformación y no la obstaculicen ni con la hostilidad ni el sarcasmo, ni con observaciones falsamente piadosas».

INADAPTACIONES POR FACTORES AMBIENTALES

El medio es un poderoso factor desencadenante de inadaptación, porque en él se engloban todos los elementos sociofamiliares capaces de alterar el curso normal de la vida psíquica del niño. El más amplio sector de influencias se encuentra en los grandes desequilibrios económicos a escala mundial y el contraste entre la opulencia y la miseria que acarrea el malestar general; por otra parte, las guerras y conflictos internacionales influyen negativamente en los padres, tanto por la ruina material, los desplazamientos, etc., como por el deterioro psíquico y moral traducido en tensión, temor, incertidumbre y angustia, motivos todos que dejan inermes al educador, al psicólogo y al pedagogo, que son conscientes de ellos.

Ya en un radio más restringido, pero de gran influencia, está el círculo familiar, de acción más directa sobre el niño; no es la posición social de la familia la que protege a los miembros contra los trastornos de carácter, sino la unión de los que la componen, la fidelidad a los vínculos, las relaciones interfamiliares, y, por desgracia, la condición de la familia sufre una modificación notable en nuestros días, acarreada por la evolución social.

El aislamiento de la familia debido a una trasplatación necesaria de un medio a otro repercute en el niño preescolar, haciendo que la ausencia de contacto con otras personas que no sean sus padres dificulte su adaptación escolar y social. La ausencia del padre exigida por su trabajo, el desplazamiento de la madre fuera del hogar para ayudar económicamente a la casa, la escasez actual de pisos y la poca salubridad de los barrios urbanos hacen que se observe, cada vez con más frecuencia, una confusión entre las atribuciones femeninas y las masculinas, lo cual tiende a confundir el espíritu del niño y a dificultar la identificación de éste con el progenitor del mismo sexo.

No obstante, a pesar de esta influencia un tanto indeterminada y general, existen marcos familiares concretos que influyen desfavorablemente en la adaptación social del pequeño. Tales son, entre los principales.

Inadaptación del hijo natural.—Dadas las condiciones de su concepción y supervivencia, sin el requisito de legitimidad, los muchachos que se encuentran en esta situación presentan una avitaminosis de afecto al ser ocultados, en cierto modo por su calidad de ilegítimos, con derechos personales mermados frente a los demás. Disgusto interior que desemboca en disarmonía y trastornos de carácter como respuesta a la situación de desigualdad en que se hallan.

Inadaptación del huérfano.—Es importante la orfandad, sobre todo si los padres mueren cuando el niño tiene todavía poca edad. Es conveniente destacar que el padre o la madre sustituyente del cónyuge fallecido provoca en el menor situaciones graves de perplejidad, reaccionando con un comportamiento de rebeldía o evasión susceptible de evolución antisocial; el conflicto se origina por la dificultad que el niño encuentra para identificarse con el nuevo padre o madre, al ser fuerte la imagen del anterior.

Es preciso distinguir entre la doble y la simple orfandad; si el pequeño se queda sin ambos a la vez, su atención regular en instituciones adecuadas le libera de gran parte de estos trastornos. Por el contrario, en el caso de sobrevivir uno de los cónyuges del primer matrimonio, el niño continúa en el hogar, a pesar de estar deshecho, y las atenciones que se le prodigan son mucho más irregulares, por lo cual se presentan más casos de inadaptación. Las perturbaciones de sentirse querido por uno de los padres y aceptado por el otro, y la experiencia dolorosa de ver llegar nuevos seres queridos por doble vía que le postergan todavía más a un segundo plano en el terreno afectivo.

Inadaptación en los hogares desunidos.—Los matrimonios frívolos, rotos o con ejemplos degradantes de vicio y moralidad arrojan un buen número de niños inadaptados, que reaccionan así ante una situación ambiental disarmonica y molesta. En efecto, los muchachos han sido espectadores de escenas poco edificantes, comprometedoras de la cohesión y favorables a la evasión de la casa, a la salida a la calle del chico en busca de situaciones afectivas más satisfactorias. Esta situación permanente de temor y angustia en el clima familiar determina una interrupción de las relaciones paterno-filiales, y al faltar estas aspiraciones afectivas familiares, los niños y muchachos se ven constreñidos a buscar afecto, guía, dirección y protección en otros campos, con otros sujetos, y de aquí la formación o nacimiento de bandas o grupos guiados por un jefe que transforma la exuberancia insatisfecha en actos de violencia, antisociales, que les autosatisface y le sirve para desfogar lo que tenían reprimido.

Inadaptación por el «habitat».—También la aglomeración forzosa en bloques superpoblados, así como la necesidad de promiscuidad de personas diferentes en sexo y edad a causa de la vivienda reducida, arrojan un numeroso contin-

gente de inadaptaciones, encontrando en estas alteraciones de comportamiento un modo de evadirse del medio ambiente en fricción constante; en ocasiones presentan reacciones de rebeldía y agresión que desembocan en la delincuencia. El *slogan* de que una alimentación suficiente, vivienda adecuada y vestimenta confortable son las tres condiciones materiales imprescindibles para una existencia normal es verdaderamente una realidad.

Inadaptación por educación equivocada.—Este factor de inadaptación no alude a la escasez de medios materiales para verificar la educación, sino al proceder erróneo de muchos padres o profesores, que no saben conducir a los niños al concederles excesiva blandura o rigidez en sus reacciones; esta actitud desmesurada hace fracasar al niño socialmente, perturbando notablemente su proceso de maduración personal. En efecto, *la dureza extremada o autoritarismo* de los padres determina en el pequeño una comprensión de su espontaneidad, de su naturalidad expresiva, que acaban por convertirse en rebeldía y agresividad latentes (que se actualizan por el menor motivo) para dar salida a tanta coacción soportada. La personalidad del niño necesita, para su madurez, de la ternura maternal y de la autoridad afectuosa del padre, pero no de la opresión continuada, que anula y destroza su personalidad en lugar de hacerla pujante.

Tan nociva como la rigidez extremada es *la demasiada blandura*, el dejar hacer al niño cuanto le apetece y le viene en capricho, porque no hay posibilidad de relación social alguna, de vínculos de convivencia basados en la veleid individual; surge inmediatamente el conflicto o fricción y el desajuste del pequeño en cualquier ambiente porque no se le ha educado adecuadamente, no se le ha enseñado a acomodar su acción a la de los demás, cediendo ante ellos como los demás decen de su parte.

El apegamiento excesivo al cariño del hijo, sobre todo por parte de la madre (que satisface de este modo una exacerbación afectiva), causa graves trastornos en el proceso de socialización del hijo en su madurez personal, al hacerle inseguro y ansioso, al llegar a la adolescencia, en la cual el muchacho busca, naturalmente, otras fuentes de afecto que las que hasta entonces le proporcionaba la familia, sin que abandone radicalmente ésta.

Las preferencias paternas hacia uno de los hijos, cuando éstos son varios, provocan en el postergado una actitud de resentimiento ante el trato desigual, desajuste o inadaptación, que es una señal de protesta hacia sus derechos de igualdad filial, desatendidos o menospreciados. Esta situación sutil que muchos padres desconocen pasará inmediatamente si se opera un cambio en la actitud paternal anómala. Por el contrario, la perseverancia en esta actitud defectuosa puede malograr el futuro del hijo que seguía un desarrollo normal, pero que ahora aban-

dona todo esfuerzo en las tareas escolares o de aprendizaje, adopta una brusquedad de modales y responde violentamente a la menor ocasión porque el disgusto interno, la disarmonía afectiva que le embargan no le permiten hacer nada a derechas.

Esto mismo sucede con el pequeño que ve llegar un nuevo hermano con el que ha de repartir las atenciones paternas, hasta entonces todas referidas a él. Sin embargo, muchas veces es la actitud de exagerada novedad hacia el recién llegado la que agranda esa repartición de cuidados, que con un poco de tacto por parte de los padres no surgiría y serviría además de un factor de estímulo para el pequeño.

Inadaptación por diversidad de frentes educativos.—El niño cuando es niño y el muchacho por serlo necesitan de una continuidad de la línea de conducta, que aprenden de las acciones de los que le rodean y conviven con él. Ahora bien, como el círculo más próximo a su actividad es el de la familia, cuando en ella se integran parientes, además de los padres (tíos, abuelos, etcétera), que, como es lógico, tienen diferente grado de autoridad respecto del chico y, por lo mismo, criterio y actuación diferentes, el muchacho vive un contraste continuado y hasta oposición, a veces, que le conducen a una inseguridad nada recomendable. En efecto, no sabe cómo actuar porque el mosaico de actitudes vividas en contacto con los distintos parientes le dejan perplejo respecto de una misma acción: los abuelos la alaban, los padres la vituperan y los tíos no le conceden importancia alguna. El niño entonces se aferra a la postura que satisface sus deseos, aunque no sea la correcta; prefiere a los parientes que halagan su proceder, inclinándose por las actitudes concesivas de éstos, los elige frente a todos los demás y ante éstos se rebela buscando protección en la convivencia educativa perjudicial. La inadaptación del chico no se hace tardar, y sólo la unidad de acción y de sanción de los numerosos familiares será el remedio del desajuste producido en aquél.

Inadaptación por incultura o fracaso de los padres.—Aunque no es tan frecuente como las anteriores, sin embargo, se dan casos de inadaptación en muchachos procedentes de hogares cuyos padres, incultos o poco evolucionados, no saben sintonizar con el hijo, que ha podido cultivar su inteligencia y sus capacidades. La separación entre ambos se hace tan profunda que difícilmente se acoplan entre sí por no haber apenas puntos de contacto, a no ser la paternidad o filiación.

En otras ocasiones, la inadaptación es producida por el fracaso de la actuación parental, sobre todo en los matrimonios sin hijos que adoptan demasiado tardíamente y cuya actuación educativa es muy deficiente o equivocada.

Inadaptación en matrimonios de cónyuges de nacionalidad distinta.—La segunda guerra mundial, con sus secuelas de orfandad, ha dado oca-

sión de comprobar ampliamente las dificultades que el hijo de padres de nacionalidad distinta experimenta, ya que entraña a la vez una duplicidad de estilos de vida y de modos de reaccionar, a los que cuesta asimilarse de modo positivo.

COMO SE RECONOCE AL INADAPTADO

Decíamos al tratar de la doble vertiente que abarca la actuación pedagógico-curativa, que al insuficiente se le distingue con más precisión porque su disminución de inteligencia le recorta y delimita. En el inadaptado son los rasgos de carácter los que matizan su personalidad desajustada. Estos rasgos se dan a veces varios años antes de que se reconozcan como tales síntomas y varían con la edad. Entre los más importantes y significativos están:

Propensión a la mentira. Desobediencia y faltas a clase. Tendencia al vagabundeo. Fracaso de medidas educativas. Malos rendimientos escolares (con inteligencia normal, mala conducta y faltas injustificadas). *Contraste entre cariño y afecto y terquedad extraordinaria.*—La persistencia de estos síntomas acusa una verdadera inadaptación.

La precocidad en la presentación de inadaptaciones está representada en *el afán destructor*, manifestado en la destrucción de juguetes, cosas o instrumentos de uso diario, propios o ajenos, no por sed de saber, sino por satisfacer sus deseos de molestar. *La crueldad* es el otro rasgo precoz caracterizada por la tortura de animales, de compañeros, de hermanos, etc., alegrándose de los resultados y divirtiéndose cínicamente con ellos. Estos rasgos discriminativos pueden aparecer incluso en la edad preescolar.

Además de estas muestras generales que presentan todos los muchachos inadaptados, hay rasgos más acusados en unos que en otros, destacándose como de mayor frecuencia los siguientes:

Los *impulsivos*, que escapan a las obligaciones de la escuela por mal rendimiento o por conflicto con el profesorado; tienen gran presunción y habilidad y se hacen interesantes.

Los *extravagantes*, sujetos faltos de armonía interna, que todo lo emplezan mal, al revés; hacen planes numerosos sin terminar ninguno, fracasando en sus intentos. Son muy irritables y llaman la atención por sus rarezas.

Los *embusteros*, de fantasía desbordante, son hábiles de expresión, pero de inteligencia limitada, acusando una gran superficialidad. De mayores tienden al derroche, fraude y estafa.

Los *desalmados*, fríos de sentimiento, insensibles e indiferentes a las buenas acciones; son insociables, desvergonzados e impertinentes. Se da en ellos el afán destructor y de tortura, siendo hábiles en poner apodosos.

Los débiles de voluntad, abúlicos e inestables, poseen una defectuosa capacidad de concentración, son egoístas y tercos; fácilmente influenciados, sin voluntad propia ni perseverancia, se dejan llevar de un falso entusiasmo que pasa rápidamente.

Como puede apreciarse, los diferentes rasgos apuntados van directamente encaminados a llamar la atención por parte del muchacho inadapitado. Pero como los resortes de que disponen según la edad son diferentes, hay una separación neta entre las reacciones de desajuste emocional del pequeño y del mayor.

Cuando el niño es de corta edad, dos a cuatro años, como su desarrollo personal es incipiente, manifiesta alteraciones dirigidas al deterioro o perjuicio de su propia persona; deja de comer, devuelve comidas, olvida el vestirse solo, no se asea ni controla necesidades, porque son los únicos elementos de que dispone para atraer sobre él la atención y el cuidado de sus padres.

Cuando es un muchacho de diez, doce o catorce años, no emplea estas actitudes para mostrar su inadaptación; por el contrario, comete actos de rebeldía, desculdo de estudios, mentiras, hurtos, etc., que causan un impacto moral, y material a veces, en sus familiares y relaciones sociales. Se ocupan de él, no porque su propia persona sufra, sino por la trascendencia e influencia que tienen los actos que realiza en la reputación familiar.

No se lastiman aquí bienes materiales ni personales del chico, sino bienes morales y valores que pertenecen en común a la familia y al muchacho. La negativa a comer no es tampoco rasgo frecuente en el muchacho inadapitado; más

bien satisfacen su glotonería comprándose dulces y meriendas durante las escapatorias con el dinero sustraído. Por otra parte, y en virtud de la diferencia de sexo, la muchacha inadapitada tiende a insinuar su feminidad con adornos exagerados y maneras de vestir, mientras el muchacho trata de destacar su precocidad de hombre en su lenguaje y en el hábito desmedido de fumar.

Estas son, en síntesis, las variadas formas de inadaptación integradas en la vertiente de actuación cualitativa de la pedagogía curativa; en comparación, es mucho más extensa que la vertiente de las insuficiencias, pero realmente éstas son igualmente numerosas desde el punto de vista de la comprensión, mientras que las inadaptaciones lo son desde el ángulo de la extensión.

La tarea reeducativa en las inadaptaciones es más dura y difícil, pero bonita y profunda, ya que significa un apaciguamiento progresivo de estratos personales del muchacho y una armonización de niveles de desarrollo dislocados en su fondo. La inteligencia nos puede ayudar en esta tarea, pero también puede ponérsenos enfrente. Sin embargo, podemos llegar a hacer comprender al sujeto nuestra finalidad y su deseo, y entonces la labor se simplifica.

Pero lo decisivo, lo que, en definitiva, da el triunfo a la actuación pedagógica curativa en su enfrentamiento con la inadaptación es el manejo del resorte afectivo auténticamente llevado. La reflexión fría, con ser buena, no es operante; lo que mueve al muchacho a reaccionar, abandonando posturas torcidas y actitudes inadecuadas es la capacidad de amor comprensivo encontrado en la persona del pedagogo y en su firmeza incansable por llevarle a la meta.

La televisión, promesa y amenaza educativas

I: Televisión infantil y vida de familia

JESUS GARCIA JIMENEZ

Director técnico de Comunicación Social
en el GESTA (Ministerio de Información y Turismo)

En el momento en que redacto este trabajo, el número de televisores se eleva ya a la cifra de 1.300.000. Un 1.300.000 hogares españoles son ya muchos hogares para continuar creyéndonos dispensados de afrontar el hondo problema de los impactos que, para bien o para mal,

está produciendo la televisión en nuestra vida de familia.

Con estas líneas no pretendo «defender a la familia» contra el «peligro de la televisión». Pretendo ir mucho más allá. Quiero distinguir claramente desde el comienzo la que podríamos lla-